

en los lazos de la sensualidad, y tal vez en los mas escandalosos adulterios: sepulcros blanqueados esos que dan una insignificante limosna á un pobre en presencia de las gentes y al mismo tiempo se valen de la estafa y de los medios mas criminales para acrecentar sus caudales: sepulcros blanqueados, en suma, esos muchos que aparentando una piedad que estan muy lejos de tener, desgarran la honra de sus semejantes con la murmuracion, que es su alimento cotidiano. Si permitiese Dios que en este momento apareciésemos cada uno de los que aquí estamos congregados, no segun representamos, sino segun somos, ¡qué confusion! ¡qué vergüenza experimentaríamos!... Yo os aseguro que veriamos los vicios desenmascarados, y tal vez allí donde creemos ver odoríficas virtudes, descubririamos la corrupcion mas hedionda.

Las buenas obras que el Señor exige de nosotros, las que han de dar testimonio de nuestras creencias religiosas, son los efectos de un amor real y sincero de Dios y de una caridad perfecta para con el prógimo, y los frutos de la sólida y verdadera piedad, que es el horror de los pecados. Estudiad las Bienaventuranzas, que fueron pronunciadas por el mismo Jesucristo, y ellas os enseñarán las buenas obras que debeis practicar para ser aceptos á los divinos ojos. Bienaventurados los pobres de espíritu. Bienaventurados los mansos y humildes de corazón. Bienaventurados los que lloran y los que han hambre y sed de justicia. Bienaventurados los misericordiosos y los limpios de corazón. Bienaventurados los pacíficos y todos aquellos que padecen persecucion por la justicia. Tales deben ser las obras del cristiano.

Sed, pues, pobres de espíritu, empleando vuestros bienes en dispensar beneficios á vuestros semejantes, amando la pobreza y viviendo tranquilos en el estado que os ha colocado la Providencia. Sed mansos y humildes de corazón, como lo enseñó Jesucristo no solo con su palabra, sino con el ejemplo, por lo que nos dice: «aprended de mí (1):» no olvideis que Dios resiste al soberbio y da su gracia al humilde (2). Si son bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados, llorad, pero no por la pérdida de los bienes temporales, ni por cobardía para sufrir la desgracia, sino por haberos apartado de Dios por el pecado: lágrimas de dolor son las que han de justificaros y las que promete el Señor consolar con recompensa eterna. Tened hambre y sed de justicia, es decir, desead el bien; desead crecer mas y mas en el amor de Dios, y que todas las criaturas le amen. Sed misericordiosos para con vuestros semejantes, enjugando las lágrimas del afligido, amparando la necesidad del menesteroso, socorriendo con mano pródiga y generosa la miseria del que sufre en la escasez, no olvidando jamás que Jesucristo quiere que sus discípulos sean en el mundo conocidos por el ejercicio de la caridad (3). Sed puros y limpios de corazón, sujetando vuestro espíritu, vuestra imaginacion y vuestra memoria al yugo de la ley, teniendo presente que ser puros de corazón es estar preparados para ver á Dios en la gloria. Amad la paz, y huid de toda clase de discordias, y sereis llamados hijos de

(1) Math. cap. XI, v. 29.

(2) Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam. Jacob. cap. IV, v. 6.

(3) Joan. cap. XIII, v. 35.

Dios. Por último, estad dispuestos á sufrir toda clase de persecucion por la justicia: Que vengan injurias; que la calumnia se emplee contra vosotros; que se os amenace con los tormentos y aun con la misma muerte, nada temais; permaneced siempre firmes en la defensa de la causa de la verdad y de la justicia; esto es, de Dios y de su religion santa, y ved, señores, cuales son las buenas obras que deben dar testimonio de vuestras creencias religiosas. Amad á Dios y amad á vuestros prójimos, y sereis buenos cristianos. De este modo acabareis vuestra vida en el ósculo del Señor y vuestras obras os acompañarán á vuestra entrada en la eternidad: *Beati mortui qui in Domino moriuntur; opera enim illorum sequuntur illos*. Veamos ahora como la grandeza de la recompensa que se nos ofrece que es la gloria, debe estimularnos á practicar las buenas obras.

SEGUNDA PARTE.

El cristiano está obligado por la dignidad de su estado á tener una vida santa y llena de buenas obras. Asi mandaba San Pablo á su discípulo Timoteo que lo predicase. Ordena, le decia, á los que están bajo vuestro cuidado y vigilancia, que no ocupen el tiempo en cosas que solo sirven para despertar la vanidad... Exortadlos á fin de que se edifiquen sobre sólidos fundamentos para lo venidero, de modo que puedan esperar la verdadera vida (1). La construccion del edificio de la salvacion debe ocupar el primer cuidado del hombre, pero este edificio ha de contruirse sobre sólidos

(1) I ad Tim. cap. VI, v. 17-19.

dos fundamentos, porque si se formase sobre arena, se destruiria prontamente. El cristiano descuidado en este punto es un árbol infructuoso, y el árbol de tal naturaleza debe ser cortado y echado al fuego; es un siervo perezoso é indolente como aquel que escondió su talento, sin haber lucrado nada con él, y que oyó esta terrible sentencia: *Al siervo infiel, echadle en las tinieblas exteriores: Servum inutilem projiciti in tenebras exteriores* (1).

Decidme, M. A. O., ¿qué mueve por lo comun al hombre, para pasar penosas vigiliass; ó fatigarse en las campañas, ó entregarse á las mas penosas tareas? La esperanza de la recompensa. Un militar hace prodigios de valor en la guerra, y si triunfa la causa que defiende, entra en su pátria cubierto el rostro de heridas, fatigado de las marchas, y harto de pasar los trabajos consiguientes á la privacion del descanso; pero si el monarca coloca en su pecho una condecoracion que le ha de dar á conocer como valiente, si le concede ascenso en su carrera, prontamente se olvida de los pasados trabajos y aun se alegra haberlos sufrido, dándose por recompensado de todos ellos. Trabaja el varon estudioso, y vela por descubrir un secreto á la naturaleza, ó por hacer algun descubrimiento que dé mayor importancia á la ciencia ó al arte que profesa. ¿Y por qué tanto afan? Por conseguir una recompensa: espera adquirir gran reputacion y hacerse de oro, con que pasar con comodidad el resto de sus dias, y fundar una fortuna á sus hijos. El jóven que se dedica á los estudios, trabaja tambien muchos años, pero le anima el pensamiento de la recompensa que

(1) Math. cap. XXV, v. 30.

ha de recibir de la sociedad, que le estimará, que utilizará sus conocimientos y le elevará segun sean sus merecimientos.

Estas reflexiones me hacen descubrir un fenómeno inesplicable ¿cómo es que se dejan de practicar las buenas obras, siendo así que la recompensa de ellas es la gloria eterna? ¿Podrá interesar mas la elevacion de cuatro dias, los honores y dignidades que acaban con la muerte, que la dignidad y el honor de ser cortesanos del cielo, perpétuos adoradores de Dios y esto por siempre? Sin embargo, es una triste verdad que no hay cosa mas olvidada generalmente que la eternidad, y los que tanto trabajan por atesorar en la tierra, se cuidan bien poco de atesorar buenas obras para el cielo.

Registrad, mis hermanos, los senos de vuestra conciencia: repasad vuestra vida pasada: pedios cuenta del tiempo que habeis pasado, si no en obras malas, al menos en la ociosidad, y no podreis menos de llorar lo poco que habeis hecho por vuestra salvacion, siendo así que pudierais haber hecho mucho. Basta que Dios nos mande practicar el bien para que lo hagamos. No tenia el Señor necesidad de ofrecernos recompensa, y sin embargo nos la ofrece: pues bien, no cesemos, decia San Pablo á los galatas, no cesemos de obrar bien, pues no desfalleciendo, á su tiempo cojeremos el fruto: *Bonum autem facientes non deficiamus; tempore enim suo metemus non deficientes* (1). Los que creen en Dios sean los primeros en hacer buenas obras (2). Pero no os equivoqueis en punto de tanta trascendencia. La recompensa que está ofrecida no

(1) Ad Galat. cap. VI, v. 9.
 (2) Ad Tit. cap. III, v. 8.

puede ser de mas valor: todos los reinos del mundo, con todas sus grandezas y riquezas, es nada en su comparacion, toda vez que se nos ofrece que seremos ciudadanos del reino celestial. Las apariencias no serán las que tendrán esta recompensa sino las realidades. Una obra no es buena porque lo parezca, sino porque realmente lo sea. ¿Qué cosa hay mejor que la limosna? Dios la recibe como si á sí mismo se le hiciera: la limosna, dice el Espíritu Santo, libra del pecado y de la muerte eterna: pero si lo haceis por vanidad ú ostentacion, en vano esperareis la recompensa, porque no es meritoria de la vida eterna: en el aplauso de los que os vieron encontrareis la única retribucion: *Receperunt mercedem suam* (1). ¿Qué obra mas buena y meritoria que el ayuno? No hay duda que el ayuno riguroso de los ninivitas, dóciles á las voces del Profeta, desarmó la justicia de Dios, próxima á descargar sobre ellos. Pero el que ayuna por darle á la avaricia y á la ambicion lo que quitais á la necesidad, ó lo hace por adquirir reputacion, ó anda gloriándose de que es mortificado, este ayuno no agrada á Dios, como dice por un Profeta (2), y de consiguiente no es tampoco meritorio de la vida eterna.

Sean, pues, vuestras buenas obras hechas con espíritu de verdadera piedad, teniendo por objeto agradar y obedecer al Dios de misericordia y de bondad por quien existimos, y nos movemos y somos. Fijad, hermanos de mi corazon, vuestro pensamiento en el cielo, y os hallareis dispuestos para obrar el bien con la mayor constancia. Tened siempre presente que el que obra el mal, es indigno de entrar en la morada de

(1) Math. cap. VI, v. 5.

(2) Numquid tale est jejunium quod elegi. Isai. cap. LVIII, v. 5.

Dios, por cuyas puertas eternas no pasará nada manchado ni impuro. ¿Quereis perder la felicidad de la Gloria? No lo creo: antes sí deseareis participar un día de la compañía de los ángeles y de los demás bienaventurados. ¿No es así? Pues bien; practicad la fé, pero que de esta fé den testimonio vuestras buenas obras. De este modo únicamente merecereis que el Señor perdone vuestras faltas pasadas, y que os ayude con su divina gracia, para que cada día adelanteis mas y mas en el camino de la perfeccion. Vuestro propio interés á ello os obliga, si estais interesados en alcanzar la eterna felicidad.

Creo, mis amadísimos hermanos, haber cumplido el compromiso que contraje al principio, demostrando con cuanta claridad y precision me ha sido posible, que las buenas obras deben ser el testimonio de nuestra fé, y que la grandeza de la recompensa que es la Gloria debe estimularnos á practicarlas. ¿Qué resta? Tan solamente que nos postremos á los piés del Señor, y le presentemos nuestras fervorosas súplicas envueltas en lágrimas de penitencia.

Deseamos ¡oh Redentor amabilísimo! disfrutar de esa Gloria que nos conquistásteis con vuestro sacrificio; si hasta aquí no hemos seguido vuestros caminos, os ofrecemos que desde este momento otra será nuestra conducta. Mas como sean tantos los enemigos de nuestra salvacion y los peligros con que tropezamos en el mundo para practicar las buenas obras, dignaos dispensarnos vuestra divina gracia en premio del arrepentimiento con que os decimos, mas que con los lábios, con nuestro contrito corazón: *Señor mio Jesucristo, etc.*

SERMON

PARA EL SESTO DIA DE MISION.

Nisi penitentiam egeritis omnes similiter peribitis.

Si no haceis penitencia, perecereis todos de un mismo modo.

Luc. cap. XIII, v. 3.

Amadísimos hermanos míos en Jesucristo. Habiéndonos ocupado en los discursos anteriores de los cuatro novísimos, cuyo recuerdo es tan utilísimo para no pecar, cúmplenos al presente tratar de la penitencia, pues que no habiendo mas que dos caminos para llegar al cielo, cuales son la inocencia y la penitencia, una vez perdida la primera por la culpa, se hace preciso ó renunciar á la felicidad eterna, ó practicar la segunda. Ahora bien, como la Penitencia puede ser considerada como virtud y como Sacramento, bajo ambos sentidos la trataremos en este y en el siguiente discurso. La penitencia como virtud, de la que hemos de ocuparnos al presente, es, segun la doctrina del Doctor angélico, un acto por el cual el pecador hace cuanto está de su parte para destruir el pecado en cuanto es ofensa de Dios, y una venganza que el penitente ejecuta para expiar